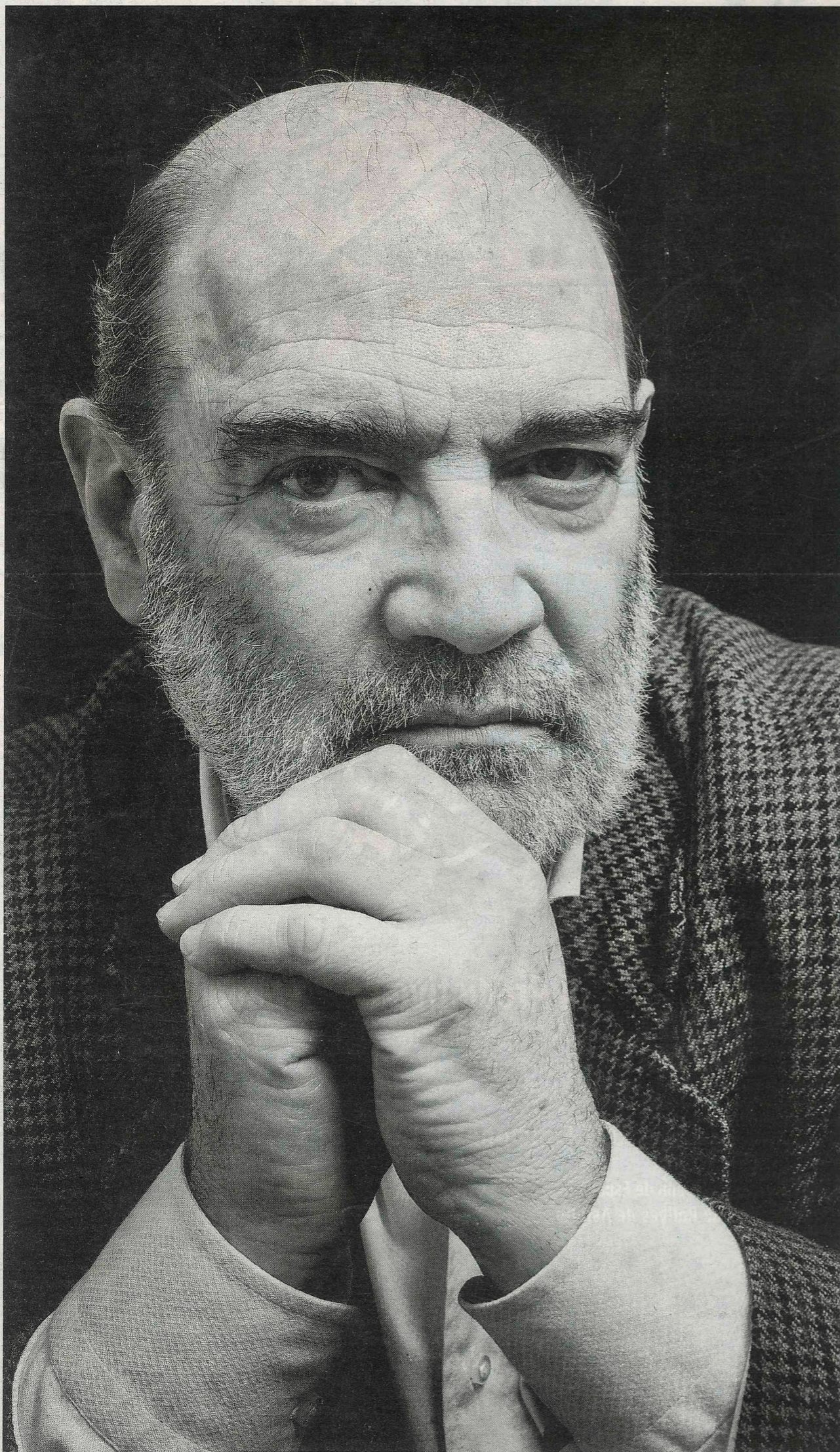


PERSONAJES A LA ÚLTIMA



ALBERTO RODRIGO

ALBERTO BAÑUELOS FOURNIER

JAULA DE VIENTO
Y ALA DE GRANITO



TINO BARRIUOSO

La esencia del arte, cualquiera que sea la forma en que viaja, no es la revelación, que exige un emisor al menos discutible. La realidad —la Creación si se prefiere— está ahí, y el trabajo del artista es desvelar lo que yace escondido: un arrebato de ira de san Sebastián, la repentina timidez de Júpiter o mister Hyde bajo el rostro del doctor Jekyll. La historia del arte está llena de artesanos, muchas veces impecables, que se han ocupado más de la factura que del misterio: quien trabaja con mucha luz se ve abocado a las evidencias casi siempre.

Ser artista contemporáneo tiene una carga de obligaciones, y una de las más duras es el estupor. Uno ha de saber muy joven cuál es su verdadero amor; la piedra, el color, la nota, la palabra... Eso te esclaviza (y no hay obra que merezca ese nombre sin aceptar que uno es un prisionero). Entonces empieza una tarea imprescindible: dominar la técnica hasta la extenuación. Todo ello mientras aprendes a ser hombre como todos, a golpes. Un día crees, *sientes* que lo sabes todo y entonces estás perdido. ¿Dónde vas? A tu propio interior, a ver si dentro está el mundo (tiene que estar). ¿Y por dónde se va?

¿Dónde ibas tú, Alberto Bañuelos, tan fuerte y tan frágil, sociólogo en ciernes, enamorado de la piedra, de su volumen y su tacto múltiples, heredero de Fidias y de Rodin, heredero también de tu paisano y maestro Martín Santos, que sabías que la perfección es una fuente sin agua —sin agua para ti...— y que estabas buscando más allá? Pero no cualquier *más allá*: el que linda con la perfección, el que sucede a la perfección: lo que quiso decir y no pudo —acaso no supo— *El pensador*. ¿Dónde vas, muchacho...?

«The poem is an act of the mind», dice Wallace Stevens. Como cualquier obra de arte. A Bañuelos, claramente uno de los grandes escultores del siglo, le tuvo que costar mucho llegar a su camino, ése que ha hecho caminando. Cuando lo cuenta él, es muy fácil: partes de la figura, la fragmentas y reconstruyes con lo que queda otra variante de la perfección, más atenta a la materia. Y lo haces encontrando nuevas emociones junto a la que dio origen a la escultura inicial: dos amantes, la luna o el desierto. Y ya no hay retorno.

Alberto Bañuelos, el burgalés más internacional y un artista plástico excepcional, no puede volver. Ha creado un monstruo, que es él mismo: trabaja voraz, golosamente, eligiendo materiales exquisitos y puliéndolos, sacando esa forma escondida que sueña a veces en las noches de viento. Porque es un artista que ya ha pagado todos los peajes del estupor y está condenado a seguir una estela: la que su barco dibuja en el mar por rutas sin cartografía previa. Un artista que ha ganado la noche, en la que nada es evidente y cuyas sombras hay que taladrar. Para que sea la luz no usada, aquella de Salinas y fray Luis.

Y la luz es. Sus exposiciones en México o Corea son una cumbre. Da lástima que Burgos sea su cuna y que Burgos sea, precisamente, el Gólgota de la escultura: ventajas de un despotismo ilustrado que adora castañeras y otras garambainas.

Me consta que Alberto, que tiene tantos premios y que es reclamado por lo mejor del mundo, ha insistido hasta donde es decente insistir para estar presente en una ciudad que, como es normal, le ignora. Escaso reconocimiento es esta casa encendida con palabras de alguien que le admira profundamente: ojala sirvieran para ganar el sitio que merece en el corazón de sus paisanos.